

La iglesia católica en Cuba: cien años después y a las puertas del tercer milenio

Mons. Carlos Manuel de Céspedes

*El tiempo presente y el tiempo pasado
quizás están presentes ambos en el tiempo futuro
y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado.*

THOMAS S. ELIOT, *Burnt Norton*

La falta de espacio nos impide publicar íntegramente el texto de la conferencia que Monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, Vicario General de la Archidiócesis de La Habana, pronunció en la Casa de América, en Madrid, el 29 de septiembre de 1998. No obstante, estas reflexiones son de tanto interés e importancia para la cultura cubana y para la responsabilidad que, a juicio de su autor, debe asumir en ella la Iglesia Católica de Cuba, que no queremos renunciar a la entrega de la zona fundamental de las mismas.

Monseñor Céspedes, al trazar un panorama de las posibilidades actuales y de los proyectos religiosos y sociales de la Iglesia Católica en Cuba, aclara que no habla en nombre de esta institución sino en el suyo propio, ya que no ha recibido mandato para expresar una opinión a nombre de la Conferencia Episcopal. El autor hace hincapié en que desea referirse al estilo de presencia de la Iglesia Católica en Cuba, y descarta el término «papel», que le sugiere algo cercano al mundo del teatro, de las representaciones, máscaras y disfraces, para decantarse por las palabras «tarea», «misión» y «responsabilidad», más próximas al mundo de la realidad.

A PESAR DE SER UN PAÍS LATINOAMERICANO, CUBA NO ES una nación típicamente latinoamericana. A pesar de

estar geográficamente situada entre América del Norte, América del Sur y América Central, entre el Golfo de México y el Mar Caribe y, por ende, ser geográficamente un país caribeño, Cuba tampoco es una nación típicamente caribeña.

¿Cuáles son mis razones para tales afirmaciones o, mejor, proposiciones?:

a) En la Isla no había una civilización aborígen bien desarrollada cuando llegaron a sus costas nuestros antepasados españoles, a finales del siglo XV, como sí fue el caso, por ejemplo, de México, América Central, Ecuador, Bolivia y Perú. No había tampoco un número significativo de habitantes. La mayoría de ellos murió muy pronto, a causa de las nuevas condiciones de vida y de trabajo impuestas por el gobierno español y como consecuencia de las enfermedades europeas, nuevas para los aborígenes, traídas a América por los colonizadores; los habitantes originales de aquellas tierras no contaban con los anticuerpos necesarios para defenderse de tales virus y bacterias. Los sobrevivientes se mezclaron de tal manera con los españoles y los negros africanos, que ya a fines del siglo XVIII resultaba muy difícil encontrar grupos de aborígenes puros en la Isla; solamente en las montañas del extremo oriental de Cuba —en donde es posible todavía descubrir rasgos físicos propios de los indígenas— y, curiosamente, todavía en el siglo XVIII existía un asentamiento poblacional aborígen, muy bien identificado entonces, en las afueras de Guanabacoa, al este del puerto de La Habana.

b) Hasta el siglo XVIII, Cuba fue solamente un puente de paso, una factoría de segundo orden entre Europa y el recientemente descubierto y colonizado continente. Los españoles no encontraron oro y plata abundantes en la Isla y, durante los primeros siglos de colonización, estos metales constituyeron el interés primordial del Imperio Español en América. En la Isla encontraron cobre, madera, puertos amplios y bien protegidos en la mejor intersección geográfica para los propósitos de la Corona, así como la posibilidad de la pesca y de criar ganado. Por supuesto éstas y otras fueron suficientes razones para mantener la Isla dentro de las fronteras del Imperio, pero la Corona no puso demasiado empeño en desarrollar instituciones sociales, la Iglesia Católica y la cultura en tal colonia de menor importancia.

c) En el siglo XVIII, a causa del interés creciente por la agricultura en el Imperio Español y, en el caso de Cuba, a causa del interés por la caña de azúcar, el tabaco y el café, que en la Isla crecían muy bien, la situación cambió radicalmente. El interés aumentó también a causa de la apetencia del Imperio Británico por la Isla, «antemural de Indias», como fue bautizada Cuba en ese período. En la segunda mitad del siglo, Cuba ya tuvo nuevas instituciones sumamente positivas para el desarrollo integral, como por ejemplo, la Universidad Pontificia de La Habana, la Sociedad Económica de Amigos del País —«la mejor hija de la Ilustración en Cuba», como fue calificada por Don Fernando Ortiz, uno de nuestros intelectuales de primer rango—, el Papel Periódico, imprentas, etc. Cuba fue también testigo del número creciente, la renovación y la promoción social de instituciones

y organizaciones ya existentes, como hospitales, escuelas y los dos seminarios del país, que llegarían a ser lugares decisivos para la evolución ulterior: los Reales y Conciliares Seminarios de «San Carlos y San Ambrosio», en La Habana, y de «San Basilio Magno», en Santiago de Cuba. Fue erigida la Diócesis de La Habana y aumentaron rápidamente el número y las condiciones humanas verificables de los sacerdotes del país. A fines del siglo XVIII, La Habana era la tercera ciudad del continente americano, después de México y de Lima, cuando New York comenzaba a dejar de ser una aldea portuaria.

d) La consecuencia inmediata y negativa de la expansión de la agricultura en Cuba fue la enorme y paralela expansión de la esclavitud, desde los últimos años del siglo XVIII hasta casi el final del siglo XIX, ya que la esclavitud fue abolida en Cuba en 1886 y aunque la trata había sido abolida en 1817, de hecho continuó realizándose de manera clandestina, muy lucrativa por cierto, con la complicidad frecuente de las mismas autoridades coloniales, comprometidas en principio con la supresión. La esclavitud de los negros africanos se sitúa en la raíz de muchos de los problemas sociales pasados y presentes en Cuba. Sin embargo, yo sostengo la opinión de que, simultáneamente, el hecho de haber importado negros de África a Cuba ha sido un enriquecimiento cultural —y, probablemente, también biológico— para mi país. Condeno la raíz de la presencia negra, o sea, la esclavitud; deploro los problemas que ésta arrastró, muchos de los cuales siguen estando vigentes como problemas sociales; pero me alegra la presencia negra y mestiza, abundante hoy. Si existe una palabra que podría definir y establecer la identidad cubana, esa palabra es «mestizaje». Y cuando digo «mestizaje» no pienso solamente en los mulatos y mulatas, hijos de parejas mixtas; pienso principalmente en el mestizaje cultural, que se manifiesta de diversos modos: música, lenguaje, religión, cocina, estilo de vida, escala de valores, etc. Cuba es un cocido dinámico en el que se cuecen ingredientes de muy diversas fuentes: europeas —fundamentalmente españolas—, africanas, americanas, chinas, judías, etc. «Ajiaco», lo definió descriptivamente nuestro ya citado Don Fernando Ortiz, utilizando la palabra que identifica nuestra versión criolla del cocido. Nosotros, el pueblo cubano —blancos, mulatos y negros—, compartimos este mestizaje cultural, nunca acabado, en evolución constante y progresiva. Este proceso dinámico de «mestizaje evolutivo» influye también en la religiosidad, ayer y hoy. Y, ciertamente, a niveles muy profundos.

e) Cuba —con Puerto Rico— fue el último país iberoamericano que se emancipó políticamente de España. Esta afirmación no se limita a ser una mera constatación cronológica, sino que, en realidad, significa: 1) que Cuba vivió el siglo XIX —es decir, la «modernidad»— bajo la influencia cultural ajustada de España y bajo el control político —por no decir militar— de España, con las ventajas del primer elemento y las desventajas del segundo; fue la única Nación del continente americano que tuvo esta experiencia, ya que las demás se independizaron tempranamente; 2) que

la Iglesia Católica en Cuba padeció, como la de España, las oleadas anticlericales y antirreligiosas nacidas y desarrolladas en el marco del pensamiento liberal español; así como la resaca opuesta, o sea, los afanes de manipulación, exitosa o no, de la religiosidad católica por parte de los gobiernos conservadores o de «restauración»; 3) que las luchas y guerras por la independencia política de Cuba duraron casi un siglo más que en el continente, lo que contribuyó a la expansión de una ideología política profundamente nacionalista y, al mismo tiempo, a la formación de una conciencia, lúcida y diáfana, de su peculiar identidad iberoamericana. Subrayo los dos adjetivos: «iberoamericana» y «peculiar». Quizás, en algunos círculos «criollos», podría unirse, ya desde el siglo XIX, la búsqueda de una solidaridad iberoamericana efectiva, que sólo ahora parece que comienza a abandonar el rango de pura utopía. Tengo la impresión de que tanto la identidad —ciertamente «restringida», pero identidad al fin y al cabo— como la solidaridad estuvieron más claramente pensadas y formuladas por algunos pensadores y patriotas cubanos —como el Padre Félix Varela, Carlos Manuel de Céspedes y José Martí— que por la mayoría de sus contemporáneos del continente; 4) «last but not least», que Cuba desarrolló relaciones muy especiales con los Estados Unidos de Norteamérica, debido a la proximidad geográfica y a la evolución de la realidad cubana en el siglo XIX, o sea, desde el momento no muy preciso, en el último cuarto del siglo XVIII, en el que «cubano» o «criollo» empezó a significar algo distinto a «español» o «peninsular»; momento que coincidió prácticamente con la independencia política de Inglaterra de las Trece Colonias, independencia a la que los cubanos ayudaron de manera muy efectiva. Esta relación especial, que se prolonga hasta nuestros días, se ha caracterizado por amor y rechazo simultáneos; comprensión mutua, incomprensiones y hasta agresividad, simultáneamente coexistentes también en nuestra historia común durante estos dos últimos siglos. Y esta relación, preñada de paradojas, de algún modo afecta también la vida de la Iglesia Católica en mi país.

Después de la emancipación de España en 1898, la Iglesia Católica inició un nuevo período en su historia, cargada con nuevos fardos y liberada de otros que había cargado antes: a) debió cargar con el «pecado» de su situación anterior, durante el período colonial español; bajo la «Ley del Patronato Regio» los cubanos se habían habituado a contemplar la institución «Iglesia Católica» como uno de los principales componentes de aquel complicado y contradictorio marco sociopolítico, lo cual generaba habitualmente, tanto en Cuba como en España, frecuentes ventoleras de anticlericalismo que no equivalían necesariamente a antirreligiosidad o, mucho menos, a ateísmo; b) los líderes de la Iglesia, clérigos y laicos —así como los políticos y los intelectuales del país— no estaban habituados a conducirse en el marco de las instituciones democráticas, con criterios y procedimientos democráticos; se vieron obligados a tratar de aprender a través de un proceso penoso y rápido y no todos lo lograron; c) durante la primera intervención norteamericana (1898-1902), la Iglesia Católica se vio realmente estremecida por el incremento excepcional

de la presencia de la Iglesia Anglicana y de Iglesias y movimientos protestantes, promovida por las autoridades militares norteamericanas. Para los norteamericanos se trataba de un asunto que, por una parte, estaba implicado en su concepción —correcta, a mi entender— de la libertad religiosa y, por otra, era un medio para reducir la influencia española, las tradiciones españolas, el peso cultural de España, y para incrementar el estilo norteamericano de vida y una cierta empatía o congenialidad con los Estados Unidos de Norteamérica; d) la Iglesia Católica se vio liberada de las manipulaciones de los gobiernos conservadores españoles y del anticlericalismo de los liberales, cada uno de ellos con su estilo, sus discernimientos políticos y su manera de tratar los asuntos, pero tuvo que manejar su presencia pastoral por sí misma, con sus propios recursos personales y económicos y no eran muy abundantes: número insuficiente de sacerdotes y de religiosas —sobre todo, de cubanos—, escaso número de laicos comprometidos y bien formados, carencia casi total de instituciones socialmente influyentes, escasez dramática de edificios eclesiásticos, ya que muchos habían sido dañados durante la Guerra de Independencia, etc.; e) la Fe católica y la ética católica, sin embargo, estaban profundamente presentes en la identidad cultural cubana y, además, por medio de las religiones sincréticas —entre el catolicismo y las diversas formas de paganismo africano presentes en la Isla—, el catolicismo aparecía integrado como una realidad irrenunciable para los estratos más populares y marginales del pueblo cubano, especialmente para los negros y mulatos. Esta cercanía al pueblo, aunque se trate de un camino ambiguo, ha sido siempre uno de los apoyos y estímulos más sólidos para el trabajo pastoral de la Iglesia Católica en mi país a lo largo de su casi siempre penosa historia: durante el régimen colonial español, durante las intervenciones militares norteamericanas, durante el anterior régimen más o menos democrático y durante la actual situación social y política «revolucionaria», considerada oficialmente todavía como socialista y marxista, aunque los cambios graduales, no bruscos, propios de todo período de transición, se hacen cada día más evidentes y, a mi entender, irreversibles, aunque sumamente lentos.

Despacio, paso a paso, en el marco del laicismo republicano, y bajo un régimen de total separación entre la Iglesia y el Estado instaurado por la Constitución de 1901 y mantenido por la de 1940, la Iglesia Católica llegó a ser a los ojos de los cubanos —incluyendo el liderazgo social en los diversos campos— una institución admisible, si no positiva, en la sociedad cubana. El número creciente de órdenes religiosas, de colegios católicos e instituciones católicas de diverso orden e importancia, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas cubanas y los realmente estupendos líderes laicos y movimientos de laicos (como la Acción Católica), presentes en todo el país, contribuyeron al cambio de mentalidad con relación a la Iglesia. Podemos afirmar que, en las décadas de los cuarenta y cincuenta, los católicos cubanos teníamos la impresión de que la Iglesia Católica estaba viviendo una ola creciente de consistencia, solidez y estabilidad, a pesar de las condiciones negativas de la vida política en el país en esos años —corrupción administrativa y

privada, gobierno dictatorial del General Batista, una cierta apatía social e injusticias socioeconómicas, que suelen hacerse más evidentes en períodos de crecimiento económico global, como sucedía entonces—, de los fermentos revolucionarios urbanos y de la guerra de guerrillas rural que desembocaron en la instauración del actual gobierno. En aquellos años, para una buena parte de la población, la Iglesia aparecía como una institución fiable. No era la mejor Iglesia local concebible, pero tampoco era la peor. Ésta era la convicción común entre los católicos y también de muchos no católicos en las décadas de los 40 y 50.

¿Teníamos razón o estábamos equivocados? ¿Acaso teníamos lentes distorsionadores frente a nuestros ojos y, por consiguiente, nuestra percepción de la realidad no era objetiva, sino el resultado de las deformaciones creadas por nuestros deseos más que por los hechos? ¿Acaso fue nuestra visión un embuste, una ilusión engañosa, la conversión en pseudorrealidad de lo que la Iglesia Católica había estado deseando vehementemente desde el inicio del siglo XX? Por el contrario, si nuestro análisis de la situación religiosa, especialmente de la Iglesia Católica y de la Fe cristiana, en términos generales, durante los cuarenta y los cincuenta, fue verdadero, realista, ¿cuál podría ser entonces la explicación del cambio súbito de los sesenta y de los setenta, de la ola invasora de ateísmo inducido y de las actitudes antirreligiosas de nuevo cuño de una más que significativa porción de nuestro pueblo cubano, para no decir que fue la actitud de la mayoría? ¿Cómo resultó posible a las autoridades cubanas tomar las conocidas medidas antirreligiosas y anticatólicas en particular, como la nacionalización de los colegios, la expulsión de sacerdotes, la supresión de instituciones católicas y del acceso a los medios de comunicación social, la discriminación social de los laicos identificados diáfanoamente como religiosos, católicos o de otras confesiones religiosas, cristianas o no; medidas que afectaron, por consiguiente, no sólo a los mayoritarios católicos, sino también a los anglicanos, protestantes, judíos y miembros de otros movimientos religiosos? ¿Cómo resultó posible ofrecer razones, satisfactorias para muchos, con las que se desaba legitimar la represión «oficial» contra la Fe católica, la práctica y la enseñanza religiosa, sin que se presentasen reacciones significativas visibles del mismo pueblo cubano, cuya mayoría, sólo cinco años antes, se identificaba como católica? Dejo abiertas estas preguntas, sin respuesta, porque para mí, en mi interior, permanecen todavía abiertas. No tengo respuestas definitivas o contundentes para ellas, sólo hipótesis más o menos bien sustentadas y... un amplio margen de comprensión para con el inaprehensible ejercicio de la libertad y de la responsabilidad personal, en medio de la espiral de movimientos colectivos hiperentusiastas en algunas encrucijadas de la Historia. Y los primeros años de la entonces hiperentusiasmante Revolución cubana fueron una de esas peculiares encrucijadas en mi Patria.

Después de esos años, subsistió la Iglesia Católica, pero como una institución sumamente empobrecida, desprovista de muchos de los medios tradicionales que acostumbraba ejercitar y emplear para la realización de su misión en la sociedad: red de colegios católicos, organizaciones católicas de caridad y

asistencia social, movimientos de laicos católicos, publicaciones, acceso a los medios masivos de comunicación, ponderosidad o peso social, cultural y político, número suficiente de sacerdotes y de religiosas, etc. Sin embargo, una cierta Fe católica —por cierto, no muy puramente católica— individual o personal, oculta, carente de vínculos visibles con la institución «Iglesia Católica», pero evidentemente conectada con algunos valores éticos católicos, permaneció como uno de los elementos integrantes de la identidad cubana. Sin embargo, ha mantenido tal naturaleza semioculta y diluida, que, a pesar de la posibilidad de hablar de la importancia cultural y religiosa, del *pondus* de la Iglesia Católica en Cuba, para nosotros, todavía hoy, continúa siendo imposible ofrecer números realistas para identificar la proporción de católicos en la Cuba de hoy. Porque, me pregunto y pregunto, ¿cuáles son exactamente las fronteras de la Iglesia Católica, en cualquier parte, pero especialmente en países como el mío en el que existen tradiciones y formas de religiosidad mezcladas, es decir, religiosidad sincrética, y en el que, además, se ha simulado durante años en materia de religiosidad? ¿Quién es realmente católico y quién es solamente religioso, con algunos ingredientes de catolicismo no muy bien integrados en su vida? Como regla general, no me atrevo a establecer fronteras muy definidas entre las diversas formas de religiosidad en Cuba. Prefiero desarrollar un acercamiento personal y pastoral a cada persona que se me presenta con las características propias de la «mezcla religiosa» o de la simulación sostenida. Podemos afirmar que, más o menos, el 3% de la población asiste a Misa todos los domingos y que una proporción más amplia —probablemente hasta el 15%— viene a la Iglesia Católica de vez en cuando, para participar en celebraciones especiales, como son Navidad, Semana Santa, la fiesta de Nuestra Señora de la Caridad, etc.; podemos afirmar también que probablemente hasta el 60% de la población está bautizada en la Iglesia Católica y que, en la ciudad de La Habana, en cuyo cementerio principal existe una capilla a cargo de la Iglesia, aproximadamente el 60% de los difuntos recibe un funeral católico, solicitado por sus familiares. De acuerdo con la Oficina de Sociología Religiosa, institución estatal, no eclesiástica, la proporción de las personas que aceptan, de algún modo, la existencia de «algo trascendente», es el 86%, incluyendo en esa cifra tanto los que prestan adhesión a una Iglesia o «sistema» religioso, como los creyentes «libres» o «a su modo». Sería posible también brindar el número de los que reciben los diversos sacramentos, que no es muy elevado, pero que es un número creciente, como creciente es también el número de las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa. Pero la práctica religiosa, a mi entender, es un índice, pero no es la medida única del peso de una religión determinada en un pueblo.

Además, con relación a las formas mezcladas o «cruzadas» de religiosidad, no se puede dejar de señalar que una proporción notable de hombres y mujeres que tradicionalmente habrían sido católicos, se han vuelto sincréticos, como consecuencia —a mi entender— tanto de la nueva y «revolucionaria» evaluación de las tradiciones culturales africanas, como de las presiones sociales con relación a las Iglesias históricas, mucho más difíciles de efectuar con

relación a los grupos sincréticos. Ser santero o palero o kimbisa o profesar cualquiera de las otras formas de sincretismo, no establece *necesariamente* vínculos visibles estables con una persona o institución religiosa, ya que todas las formas de religiosidad sincrética son, más o menos, *carismáticas y se ejercitan casi siempre sólo coyunturalmente*: no son formas institucionalizadas de religiosidad. Las personas adictas a ellas se relacionan con alguien en quien perciben poderes espirituales extraordinarios y frecuentemente la relación es sólo ocasional. Se encuentran con el hombre o la mujer en los que creen reconocer los poderes espirituales en su casa, no en un templo. Debemos añadir, además, que las formas sincréticas de religiosidad, normalmente, no incluyen exigencias éticas muy dificultosas; a veces, sólo el cumplimiento de ritos externos o «promesas» con el fin de lograr algo muy concreto (amor, salud, empleo, casa, etc.) y una relación cósmica con las fuerzas de la naturaleza, como en casi todas las tradiciones africanas. En las condiciones de mi país en los sesenta, setenta y hasta en los ochenta, convertirse a la santería o a otra religión sincrética, fue un camino, consciente o no, de implementar sentimientos religiosos o una cierta apertura a la Trascendencia o, por lo menos, a una realidad suprahumana, sin grandes riesgos sociales. Poco a poco, en el plazo de treinta años, las formas sincréticas de religiosidad se convirtieron en la religión de un espectro amplio de la sociedad cubana, no solamente —como ocurría con anterioridad— de la población marginal y de muchos negros y mulatos, de los que no eran muy cultivados intelectualmente. Los que eran adictos a alguna de estas formas de religiosidad, evitaban ser identificados, pues eran «mal vistas» socialmente. Sin embargo, a pesar de los problemas culturales y pastorales creados por el número creciente de adictos a la comunidad sincrética —si es posible hablar de comunidad en este caso—, me parece —ya lo insinué— que el sincretismo ha sido, paradójicamente, uno de los más efectivos caminos populares para salvaguardar algunos componentes importantes de la Fe católica, de los valores cristianos y de la adhesión efectiva a la Iglesia Católica en todos los estratos de la población cubana. No olvidemos que el sincretismo integra —defectuosamente, por cierto— componentes paganos de origen africano y componentes católicos. Una persona sincrética debe estar bautizada en la Iglesia Católica, debe recibir funeral católico, normalmente experimenta un gran respeto por las personalidades «sagradas» del catolicismo (religiosas, sacerdotes, obispos y, sobre todos ellos, por el Santo Padre) y debe participar en celebraciones litúrgicas católicas en fechas especiales. Así resulta más fácil comprender por qué podemos afirmar que el sincretismo, en Cuba al menos, depende del catolicismo no sólo como marco o como esqueleto teórico, sino del catolicismo encarnado muy concretamente en la Iglesia Católica. Lo cual no es tan evidente en otros países americanos en los que existe el fenómeno del sincretismo.

Me doy cuenta de cuán contradictoria es la situación religiosa real de mi país, al punto de que la Iglesia Católica puede ser considerada como un agente influyente en la sociedad y, simultáneamente, como un factor débil de transformación o de condicionamiento de la evolución del pueblo cubano. El

pueblo cubano es y no es católico. Una buena parte del pueblo cubano escucha la voz pastoral de los obispos y admira algunas personalidades católicas, pero la mayoría de los cubanos puede vivir sin tomar en consideración la ética católica proclamada por esas personalidades católicas con su voz y con su existencia. El pueblo cubano es religioso, pero no asume sacrificios muy costosos por causa de la religión. Estoy seguro de que se podrían añadir otras contradicciones del mismo estilo.

Sin duda que es posible, al mismo tiempo, señalar un buen número de cubanos católicos de la más auténtica y válida tradición, pero son solamente una minoría y resulta muy importante para los responsables de la Iglesia no olvidar esta realidad tan desagradable. Pero resulta muy importante también, a mi entender, no olvidar la siguiente consideración: si permanecemos en el dominio de las estadísticas de la práctica dominical, es cierto que la Iglesia Católica es sólo una minoría; sin embargo, me parece que la realidad de la Iglesia y su fuerza y su influencia social, aunque no sean determinantes, no pueden ser enmarcadas en dimensiones o cantidades medidas por tales estadísticas, ya que ella llega y toca la existencia humana más allá de los números.

Aunque tengo la impresión de que la Iglesia Católica, al menos por el momento, es incapaz de trazar los derroteros de la vida del país, no es menos cierto que en la Cuba de hoy, la única institución no gubernamental que está presente en toda la geografía de la Isla es la Iglesia Católica. Otras iglesias cristianas y movimientos religiosos y culturales están presentes en alguna región, pero no en todo el país. Y la única institución que ha estado presente en toda la historia de Cuba es también la Iglesia Católica. Llena de contradicciones, pecados y virtudes, presencia positiva y negativa y discutida, pero presencia después de todo. Y haber estado siempre presente y continuar estándolo todavía y evidenciar el propósito de continuar estándolo, confiere un reconocimiento y una autoridad moral muy particulares a las personas y a las instituciones que puedan presentarse con esta cualidad. Y el pueblo cubano percibe esta cualidad intransferible del catolicismo cubano y la reconoce. La reciente visita pastoral del Papa Juan Pablo II a mi Patria, la cálida y multitudinaria recepción que se le brindó, la atmósfera festiva generalizada de esos cuatro días y el buen recuerdo que aún permanece y estimula la esperanza en mejores posibilidades para nuestro pueblo, a todo lo largo de la Isla, parecen confirmar mis afirmaciones. Si esto constituye un privilegio de la Iglesia Católica, es también una responsabilidad y un reto.

MISIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN LA CUBA DE HOY

La Iglesia existe con la finalidad de evangelizar a todas las naciones y a todos los pueblos —personalmente y como miembros de un «cuerpo», de una «familia», de un «pueblo nuevo»— y a todas las posibles situaciones humanas, hasta las fronteras de la Geografía y de la Historia (... *hasta el final de los tiempos*, Mt. 28, 20). La Iglesia Católica en Cuba no debe ser considerada como una excepción a esta regla. Por consiguiente, todo lo que la Iglesia asume, en principio, debería estar enmarcado dentro de: • la proclamación

de la Fe por medio de las palabras y de la vida coherente; • la celebración de la Fe en la atmósfera comunitaria de la Liturgia y en la vida personal y la existencia común (tradiciones populares conectadas con la Fe católica); • el testimonio efectivo de la Esperanza cristiana y del Amor cristiano (caridad, presencia activa en los dominios sociales, culturales y políticos, etc.).

No me atrevo a afirmar que, históricamente, los responsables primarios de la vida de la Iglesia y los hombres y mujeres creyentes hayan sustentado siempre sus criterios pastorales, programas, actitudes y acciones concretas en tan evangélicas razones y fundamentos, pero tampoco es objetivo situarlos del lado de todas las causas nocivas de nuestra historia, como si todos ellos y siempre hayan sido más dóciles a Satán que al Espíritu del Señor. En la vida diaria de la Iglesia resulta posible encontrar, en todo tiempo y lugar, lo bueno y lo malo; virtudes, realizaciones, pecados y errores. Trato ahora, solamente, de presentar la misión constitutiva recibida de lo Alto, el ideal, la referencia real, que es simultáneamente la utopía cristiana hacia la que la Iglesia debe siempre volverse, como a su trama fundamental.

En coherencia con esta perspectiva, opino que la tarea o responsabilidad más importante para la Iglesia Católica en Cuba hoy, en la aurora del Tercer Milenio del Cristianismo, está relacionada con la evangelización de la cultura, en el más amplio y universalmente aceptado sentido de la palabra «cultura», como «modo de vivir», valores éticos comunes, visión y juicio de la realidad nacional en conexión con el resto del mundo, proyectos, etc., y no sólo como el conjunto de manifestaciones más sofisticadas de la cultura (como la filosofía, la literatura, la música, la pintura, las ciencias, etc.). Éstas tienen un valor enorme como signos desarrollados de las esencias más íntimas, no siempre fácilmente perceptibles, pero la cultura de un pueblo es una realidad más existencialmente abarcadora que dichas manifestaciones más elaboradas o notables. Considero que, precisamente es a la luz y en el marco de la evangelización de la cultura que la Iglesia asume sus diversas tareas, responsabilidades, actividades pastorales, formas de presencia social activa, etc. En su reciente visita pastoral a Cuba, el Santo Padre habló diáfana y ampliamente sobre esta dimensión básica de la evangelización en su encuentro con el «mundo de la cultura» en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, en la que se conservan los restos del Padre Félix Varela, uno de los fundadores de nuestra nacionalidad. De hecho, la meditación —fue más una meditación que un discurso— del Papa estuvo articulada principalmente en torno a la personalidad y a las enseñanzas del Padre Varela, a quien S. S. Juan Pablo II presentó como el mejor ejemplo de integración de la identidad nacional cubana y de la Fe cristiana y cuya herencia llega hasta la Cuba contemporánea, pasando a través de José Martí, poeta y héroe nacional, artífice de nuestra independencia política de España.

Si existe un servicio nada despreciable que la Iglesia Católica ya está brindando al pueblo cubano y podría ser aún incrementado, éste es la redención o rescate de la capturada o casi totalmente oculta conciencia histórica. Los cubanos jóvenes no saben muy bien quiénes son, de dónde vienen y hacia

dónde deben dirigirse si realmente desean preservar dinámicamente su verdadera identidad, promoviendo un proceso de crecimiento armónico y coherente. ¿Cómo sería posible construir la futura y nueva sociedad cubana, si se ignoran las posibilidades reales del pueblo cubano? ¿Cómo sería posible calcular las posibilidades del pueblo cubano, sin mitificarlo o, por el contrario, despreciarlo, si la mayoría de los jóvenes cubanos están deficitariamente informados acerca de su pasado y su presente y no han sido entrenados en asumir totalmente el curso de la Historia de nuestra noble nación, del mismo modo que una persona individual debe asumir la historia y la realidad objetiva de la familia en la que nació y ha crecido? Me parece que el hecho de ser la única realidad institucional y carismática presente a lo largo de los cinco siglos de la historia cubana coloca a la Iglesia Católica en una posición preferencial para realizar este servicio. El hecho es reconocido por casi todas las personas bien informadas y pensantes en mi Patria. Sin embargo, me pregunto: ¿Cómo realizarlo con un alcance amplio, si la Iglesia por el momento carece de canales de comunicación que lleguen a todos los sectores de la población cubana? Además, en el caso de que dispusiere de ellos, no abundan ahora los agentes de pastoral en la Iglesia Católica en Cuba, dotados de una visión y una actitud congregantes y con una aceptación suficientemente amplia, que estén realmente capacitados para estimular semejante tarea de instrucción y reflexión, sea a través de los medios de comunicación masiva, sea por medio de la implementación de la enseñanza de inspiración católica. Lo cual no quiere decir que la Iglesia deba renunciar a ese servicio, sino simplemente que, entreviendo su prácticamente inevitable realización futura, aunque no inmediata, la debe preparar y desde ahora lo hace, esforzándose por capacitar por medio de formas alternativas de educación, que su pobreza le permite asumir, para ser capaz de ejercer con eficacia tal responsabilidad llegado el momento oportuno.

La percepción del curso de la Historia, relacionándolo con las posibilidades en el presente de edificar una sociedad cubana mejor, normalmente debería estimular el desarrollo del sentido de responsabilidad. La falta del sentido de responsabilidad es un mal lamentablemente muy extendido en la Cuba de hoy. Los sistemas de gobierno paternalista y colectivista, como ha sido el de Cuba durante muchos años, no ayudan al desarrollo del sentido de responsabilidad personal y social. A pesar de que ya se perciben cambios, la cultura cubana contemporánea es —al menos en cierta medida— la cultura del «pichón» que mira hacia arriba con el pico abierto, esperando en el nido la comida adquirida por las aves genitoras. La más recientemente elaborada Doctrina Social de la Iglesia Católica, en diálogo con otras visiones de la sociedad y del hombre que la forma, podría ayudar a desarrollar el sentido de responsabilidad indispensable para el bienestar de cualquier sociedad genuinamente humana. En Cuba, también en la aurora del Milenio, todos los proyectos sociales, económicos y políticos deberían estar asentados en el *cambio radical de la «cultura-del-pichón-con-el-pico-abierto» a la «cultura-del-responsablemente-audaz-pájaro-adulto»*, capaz de volar fuera del nido buscando, con otros pájaros igualmente adultos,

sus *derechos y deberes comunes*. Este sentido del protagonismo responsable de nuestra propia Historia fue también uno de los temas reiterados por el Papa al pueblo cubano, dirigido especialmente a los jóvenes.

Paradójicamente, han disminuido notablemente, en la escena cubana, los criterios anticlericales y las actitudes concretas anticlericales y aún antirreligiosas, que fueron tan frecuentes en Cuba en los círculos intelectuales y artísticos desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la década de los cuarenta y aún de los cincuenta. Actualmente podemos hablar de cercanía y hasta de estimación y simpatía en sectores muy amplios del pueblo para con lo institucional católico. ¿Se debe acaso el cambio de actitud al cambio de situación de la Iglesia en la actual «tela de araña» social y política? Yo no tengo una respuesta satisfactoria y es que, en realidad, por diversas razones, la presencia de la Iglesia Católica en los círculos intelectuales y artísticos no es muy intensa, es más bien pobre, pero, cuando se da, es apreciada; éste es un hecho fácilmente verificable. Por medio de este puente cultural es más que posible llegar a otros círculos, incluyendo los políticos, con el diálogo respetuoso como única arma, con el propósito de hacer presente la ética católica como ofrecimiento, no como imposición, con el fin de trabajar junto con los portadores de otras opiniones en la animación de genuinos movimientos sociales que pongan fin al marasmo que frecuentemente nos paraliza. Cada cual, evidentemente, con su propia identidad diáfananamente expresada.

La ética, personal y social, es probablemente otro de los servicios más importantes que la Iglesia Católica puede aportar en los presentes y en los futuros esfuerzos para recuperar los valores morales perdidos o disminuidos o, por lo menos, escondidos en mi Patria, cuya alma cristiana está viva todavía, pero gravemente herida por situaciones que han nacido antes y durante el actual «período revolucionario». Esta enfermedad tiene una larga historia, que comienza mucho antes de 1959.

Fortalecer la unidad de la Nación con el propósito de llegar a ser la Casa común y familiar —«la Casa Cuba»— demanda la reconciliación progresiva entre los cubanos, que tienen distintas actitudes políticas y diversas biografías, que viven en distintos países, consideren o no la posibilidad de un regreso más o menos definitivo a la Isla. Y la reconciliación demanda perdones recíprocos y renuncia a toda forma de violencia en las relaciones sociales. La Iglesia Católica podría apoyar, de modo muy sustancial, la pasión por la unidad nacional y podría asimismo predicar de palabra y con la vida su opción por la reconciliación nacional y el valor pluridimensional del perdón, dejando sentado de manera muy clara que cualquier forma de violencia podría destruir los remanentes de nuestra «Casa Cuba» y podría impedir la reestructuración —que es más que restauración—, para que todos podamos disponer de una «Casa Cuba» más hermosa y confortable y amplia, con un sitio para cada cubano y en la que todos los cubanos podrían ser capaces de sentirse «en casa». Los responsables y animadores de la vida de la Iglesia Católica no deberían dejar de trabajar en esta dirección, sin identificar a la Iglesia con un partido concreto o con un movimiento político específico, pero sí identificándose a sí misma con

la pasión por Cuba, con el bienestar compartido de todo el pueblo cubano, sin exclusiones, y con los valores que cualquier movimiento —sea cual sea su color— debería asumir si desea contribuir en la construcción de la «Casa».

CONCLUSIÓN

Me doy cuenta de que mis reflexiones y proposiciones son incompletas y discutibles. *Incompletas*, porque resulta prácticamente imposible colocar el punto final y quedar satisfechos cuando pensamos, hablamos o escribimos acerca de la responsabilidad social de alguna persona o institución. Siempre es posible encontrar otro eslabón en la cadena interminable de las cuestiones calificadas como «sociales». El tema se vuelve más complejo y sutil si la institución a la que se hace referencia es la Iglesia Católica, presente, en principio, en casi todos los componentes de la vida, integralmente considerada. Además, en cualquier hipótesis, podría haber añadido anécdotas, relaciones de hechos concretos, de incidentes que, por una parte, contribuirían a dar luz a las reflexiones pero, por otra, las volverían interminables. ¡Son tantas las anécdotas, de uno u otro tono, que yo podría haber incluido, viviendo como he vivido, muy intensamente, durante estos decenios en Cuba y en la Iglesia que peregrina en ella! *Discutibles*, porque cuando pensamos, hablamos o escribimos sobre estos asuntos, estoy seguro de que caminamos riesgosamente sobre una tembladera o asumimos el papel del equilibrista que hace sus piruetas sin red bajo la cuerda. Son cuestiones, insisto, complejas y sutiles y yo mismo, que vivo dentro de la Isla, no veo con claridad todos los componentes del camino inmediato. Me refiero a la neblinosa transición social, política y económica de mi país. Ésta es la realidad de Cuba hoy, en el tránsito de uno a otro Milenio, y en ella debe bregar la Iglesia Católica: la transformación de nuestra sociedad actual en otra diversa, cuyos perfiles no percibimos todavía con claridad meridiana, pero que debe ser más capaz de abrirse al mundo contemporáneo y de acoger efectivamente la apertura del resto del mundo contemporáneo a ella, según el *dictum* de S. S. Juan Pablo II en Cuba, que ha hecho fortuna.

En todo caso, el significado o dirección de los cambios graduales o de la transición, como prefiramos denominar la tónica característica de la situación actual y del futuro inmediato de mi Patria, por el momento, permanece abierto. Mi opinión es que esta transición o estos cambios graduales ya comenzaron, pero la percepción del camino y de las metas a mediano y largo plazo no están siendo considerados de manera transparente y suficientemente participativa o, al menos, no están siendo presentados abiertamente. Para quienes vivimos fuera de los círculos en los que se elaboran los pasos de los cambios y se toman las decisiones, las apariencias nos hacen pensar en gestiones contradictorias: lo que se aprueba hoy, se modifica o se prohíbe poco después; lo que hoy se presenta como prohibido y sin posibilidades, se aprueba y recomienda poco después. Así no resulta difícil comprender que esta atmósfera de neblina es una de las dificultades principales con que tropieza la Iglesia en el cumplimiento de sus responsabilidades y tareas evangelizadoras, en el terreno de la ética sociopolítica y económica, en mi Patria.

Sin embargo, después de la visita pastoral de Juan Pablo II, los cubanos estamos de acuerdo en afirmar nuestra convicción de que algo grande está sucediendo en la Isla. Y, por supuesto, algo en la dirección de la confianza y de la Esperanza. Yo suelo decir a los que nos visitan, especialmente a los periodistas y demás personas relacionadas con los medios de comunicación social, cuando me preguntan acerca de aquellos inolvidables cuatro días y cuáles han sido las consecuencias de los mismos: *Ninguno de nosotros sabe exactamente cuáles podrán ser las consecuencias, a mediano y largo plazo, pero lo primero que debemos hacer ahora, todos nosotros, es sentarnos a reflexionar e interiorizar lo que hemos visto y oído... Una cosa es ya cierta: esos días han demostrado que todos los cubanos —cubanos de Cuba, de Estados Unidos de Norteamérica, de España, de todas partes; creyentes y no creyentes, católicos y no católicos— se pueden reunir con alegría y paz para un propósito bueno. Y si esto sucedió en una ocasión, puede suceder de nuevo si las condiciones son análogas.*

Monseñor Céspedes cierra sus conclusiones con una reflexión sobre la importancia del mensaje de Juan Pablo II en su visita a Cuba y una extensa cita del Tercer Poema de *Miércoles de Ceniza* de T. S. Eliot.

